



www.loqueleo.com/es

© 1995, Manuel L. Alonso

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-141-8

Depósito legal: M-37.929-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: septiembre de 2019

Más de 20 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LAS
DELIRROJAS
TRAEN
MALA
SUERTE

MANUEL L. ALONSO

loqueleg

*Esta narración es deudora no solo
de la imaginación, sino también de la memoria.*

*Subjetiva como lo es siempre,
la memoria me permite afirmar que el escenario
de la acción, Granada, era en esa época,
año 1980, uno de los más vivos e interesantes
de España, que es casi como decir del mundo.*

*Y que las Alpujarras, muy lejos
de figurar entre los destinos turísticos,
era aún tierra desconocida
para la mayor parte de los españoles.
Igualmente doy fe de que lo que se ha escrito
tantas veces, «Todo es posible en Granada»,
encierra una verdad literal.*

*Este libro es, entre otras cosas,
una historia de amor. Lo justo es dedicarlo
a quienes he querido desde esa época marcada
por los sentimientos que es la adolescencia.
Con gratitud, a mis buenos amigos de Granada.*

Y, siempre, a Rosalía.

Mi nombre no importa. Lo único que importa es que soy un hombre libre.

9

Se echaron a reír como si mi intención hubiese sido hacer un chiste. Pero yo hablaba muy en serio.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó el líder, uno que llevaba el pelo atado con una cinta roja y negra, mirándome de arriba abajo—. ¿Catorce? ¿Quince?

—Soy mayor de lo que parezco —respondí.

—Pareces un puñetero crío. No queremos críos aquí. Ya tendremos bastantes problemas cuando venga la policía.

Yo no había contado con eso. Vivir en un edificio abandonado con gente de mi edad —bueno, algo mayores— me había parecido una buena idea, pero un encuentro con la policía era lo único que no deseaba. No sabía si mis padres me habrían denunciado.

Dudé unos instantes, como si tuviera el presentimiento de que mi decisión de aquel momento iba a cambiar el resto de mi vida. Finalmente decidí que no retrocedería tan pronto.

—Me esconderé cuando vengan. Y entre tanto puedo ayudar.

—Por supuesto que ayudarás —dijo una de las chicas—. ¿Crees que un okupa es un veraneante? Y te lo advierto: aquí no hay trabajo de tíos y trabajo de tías. Todos somos iguales.

Comprendí que eso significaba que me admitían. Sonreía, aunque no demasiado para no estropear mi interpretación de un chico duro.

10 —Todos somos iguales —asentí.

—Ven, te enseñaré esto, hombre libre —dijo el líder.

Los demás continuaron en el patio, ocho o diez chicos y un par de chicas entre los dieciséis y los veinte o veintidós años, los unos con pelos largos y vaqueros rotos, otros con el aspecto corriente de la gente de mi barrio. Pero estábamos lejos de mi barrio.

Yo llevaba tres días durmiendo en la calle y me alegraba saber que había encontrado una nueva casa, aunque fuera una fábrica abandonada.

—Yo me llamo Chema —dijo el de la cinta.

Estuve a punto de preguntar que si lo escribía con *che* o con *tx*, pero me mordí la lengua. Cuanto menos hablase, menos me delataría como un crío, para usar su expresión.

La fábrica consistía en una nave enorme y un pequeño despacho con un altillo. Había basura de todas clases, cascotes y grandes manchas de aceite de motor por el suelo. Habían limpiado como una cuarta parte de la nave. Vi sacos de dormir alineados y unas cuantas cajas que supuse que contendrían provisiones. Alguien había

pintado en la pared un descomunal círculo negro atravesado por un rayo ascendente. También había una pintada que decía: okupa y resiste.

—¿Quién te ha hablado de nosotros? ¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Chema.

—¿Estás de broma? Sois famosos, hasta habéis salido en el periódico.

—Ah, eso. Ese periodista no escribió más que chorradas. ¿Has sido okupa alguna vez? Supongo que no. Llevamos aquí tres semanas y por ahora nos han dejado en paz. Pero eso no significa nada. Al principio vinieron los *maderos*, nos pidieron la *papela* y se limitaron a decirnos que no querían drogas aquí. Volverán en cualquier momento. Si quieres quedarte, ya sabes: aquí nadie se mete nada en la nariz ni en las venas, ¿de acuerdo, hombre libre?

—Me llaman Chico. Y no me he drogado nunca.

—Puedes dejar por ahí tu mochila.

Aparté una cucaracha con el pie (nunca, hasta entonces, había visto cucarachas a plena luz del día, y me pregunté qué clase de bichos compartirían el saco conmigo aquella noche) y le seguí de nuevo afuera.

Sentados en el suelo, al sol, como indios antes de la batalla, los demás fumaban y se reían a carcajadas cada vez que alguien decía cualquier cosa. No me parecieron tan terribles como había pensado durante las horas que llevaba merodeando sin atreverme a entrar en la fábrica.

Chema me fue diciendo los nombres de algunos. Ellos hacían un gesto con la cabeza, o con la mano, sin darme

más importancia, como si estuvieran acostumbrados a ver aves de paso. Para mí, sin embargo, aquel momento era muy especial. Ellos, aunque no lo supieran, eran mi nueva familia, la que yo había elegido. Me senté junto a una chica pelirroja.

Algo en ella me atrajo enseguida. Llevaba un mono azul de trabajo y una gorra de visera. Tenía pecas y resultaba difícil adivinar el color de sus ojos, porque fumaba con los párpados entrecerrados.

12 —Toma —dijo inesperadamente, pasándome su cigarro.

Vi que solo era tabaco, pero fue como si estuviera llevando a cabo algo peligroso.

—Me llamo Helena.

Decidí que era Helena, con hache. La cosa tenía su importancia. Para mí, en aquella época, los nombres eran importantes. Todas las palabras lo eran. Aunque era un secreto que jamás le había revelado a nadie, tenía la firme intención de llegar algún día a ser escritor.

—Es un nombre muy...

Aún no había aprendido a hablar sosteniendo el cigarrillo en los labios, así que me atraganté con el humo, tosí, se me cayó el cigarro y mis ojos empezaron a llorar sin que pudiera hacer nada por evitarlo. En mi vida me había sentido más ridículo.

—Tampoco es para echarse a llorar —dijo Helena sonriendo.

Tendría unos cuatro años más que yo. Era, la evidencia me llegó de golpe como un puñetazo en el pecho, la chica más guapa que yo había visto en mi vida.

Mis padres no eran peores que otros, nunca me trataron mal, yo no tenía un verdadero motivo de queja. De haber tenido que explicar a alguien las razones por las que me había ido de casa (y antes o después tendría que hacerlo), me hubiera visto en un aprieto.

Eran personas corrientes, con sus limitaciones, su buena voluntad. También resultaban inevitablemente convencionales. Nuestras disputas siempre eran motivadas por las razones más vulgares. La última había sido por mis notas. Mi padre se tomó la noticia de que había suspendido cuatro asignaturas como si fuese el fin del mundo. Él, que casi todo el tiempo abdicaba de sus deberes de padre, sufría repentinos accesos, o ataques, de responsabilidad en los que dramatizaba de una forma ridícula.

A mí, en esos casos, me costaba entrar en situación. Me repugnaba seguirle el juego, la comedia, fingir arrepentimiento y prometer enmienda. De modo que mientras él exageraba su papel de padre defraudado e indignado, yo tenía que hacer esfuerzos para no distraerme o bostezar o soltar una sonrisa, y él acababa por adivinar

algo y eso le enfurecía de veras. Me amenazó con represalias exageradas por mis malas notas y consiguió contagiar a mi madre al extremo de que ella se echó a llorar y a pronunciar sentencias no menos desproporcionadas. Yo tenía la sospecha de que todo aquello no tenía nada que ver conmigo en el fondo, que tal vez había entre ellos algún problema que intentaban resolver, u olvidar, de ese modo.

14 Esa misma noche, mientras dormían, tuve un impulso: me levanté sin ruido, me vestí y preparé mi mochila. Me fui sin que me oyeran, dejando en la mesa de la cocina una nota, dictada a medias por la compasión, a medias por el deseo de ser yo quien dijera la última palabra.

Vivíamos en un barrio de Granada de clase media llamado los Alminares del Genil. Yo no sabía aún lo que era un alminar ni me interesaba lo más mínimo el río Genil, que había que cruzar para ir al centro de la ciudad y que en esa época, en verano, no era más que un cauce seco por donde pululaban las ratas. Del mismo modo, mi ciudad me impresionaba poco; había leído que algunos viajeros la consideraban una de las ciudades más bellas del mundo y no acababa de entenderlo. Después he comprendido que las zonas por las que yo me movía, en busca de chicas y diversión, eran las más anodinas de Granada. Un adolescente posee cualidades que lo hacen moralmente superior a un adulto, pero también tiene grandes carencias: entre ellas, una visión demasiado parcial de las cosas.

Esa primera noche la pasé caminando de un extremo a otro de la ciudad, por miedo de tumbarme en un banco y quedarme dormido y a merced de algún atracador. O

tal vez de un homosexual, que con mis pocos años de entonces me parecían seres tan extraños como peligrosos.

Al amanecer estaba rendido, mis piernas se movían solas y miraba con odio las ventanas tras las que dormían personas sin preocupaciones, pero junto con la confusión y el temor sentía crecer dentro de mí una fuerza nueva y desconocida, como si aquel acto de rebeldía estúpida fuese el primer paso para llegar a ser dueño de mí mismo. Comprendí que, en cierto modo, aun obrando sin razón y a costa de causar daño, me había puesto en camino de conseguir algo que me era esencial. Intuía que mi forma de expresarme en el mundo, de afrontar la vida, estaba predeterminada a llevar la impronta de la rebeldía y el dolor; tal vez es así como se madura siempre.

El sol me sorprendió en lo más alto de la ciudad, recorriendo miradores del Albayzín en los que nunca había estado antes. Rodeado de casas blancas y un poco misteriosas, de cármenes desde cuyos jardines me llegaba el rumor del agua fresca, subiendo empinadas callejuelas flanqueadas de tapias y verjas por encima de las cuales desbordaban las flores, me sentía superior a todos los que aún dormían. Y cuando pude lavarme en una fuente y contemplar la ciudad a mis pies, y más allá la vega extendiéndose hasta un horizonte que hacía presentir el mar, cuando encontré frente a mí la silueta de la Alhambra y el perfil de Sierra Nevada, y sentí el perfume de junio y los sonidos de la mañana, fue como ver mi ciudad por primera vez. Y me hice una promesa: me iría, porque ese era mi destino, pero un día volvería a aquel mismo lugar.

Un día, cuando hubiese hallado lo que buscaba, aquello a lo que por el momento ni siquiera podía poner nombre.

16

El resto de mi escapada, hasta llegar a la fábrica, se me aparece ahora en la memoria como una enredada sucesión de rodeos para evitar encuentros con personas conocidas, con amigos a los que no quería poner en un compromiso. Pero al mismo tiempo recuerdo que volví a mi barrio por lo menos una vez en aquellos tres días, y que permanecí largo rato contemplando la ventana tras la cual sabía que estaban mis padres, quizá haciéndose reproches, sin duda preocupados. No sé lo que pensaba yo en aquellos instantes; puede que en el fondo ya estuviera arrepentido, que buscase sin confesármelo la oportunidad de volver. Sé que un hijo tiene un poder formidable sobre sus padres, el poder de causar sufrimiento. Muy pocos son los hijos que renuncian por norma a la posibilidad de ejercer esa tiranía. Yo no era más culpable que otros: había en mí cierta tendencia contra la que no podía luchar, siempre la había habido; ya desde muy pequeño había manifestado mi rebeldía, como si hubiera nacido con la necesidad del enfrentamiento más marcada que la del amor.

Tenía algún dinero, pero no quería usarlo hasta que no tuviese más remedio.

El hambre no me preocupaba demasiado. Peor era el problema de encontrar un lugar para dormir. Lo intentaba en portales, en algún paseo con bancos adecuados, pero nunca conseguía permanecer dormido mucho tiempo. Cualquier ruido me sobresaltaba. Unos pasos aproxi-

mándose, un insecto corriendo por mi piel, un mal sueño, bastaban para despertarme con el corazón desbocado.

La mochila se convirtió en una maldición. No había ningún sitio donde pudiera dejarla durante unas cuantas horas sin tener que pagar a cambio. Veía a otros chicos y chicas que, como yo, cargaban con sus mochilas a través de la ciudad. Habían comenzado ya las vacaciones y eran *hippies* de verano que hacían aquello por gusto. Alguno se instalaba en Bib-Rambla o en el Zacatín y durante unas horas permanecía sentado en el suelo tocando la flauta o la guitarra para recaudar dinero con el que pagar unos bocadillos y una pensión. Me daban envidia porque yo no tenía, como ellos, un medio para inspirar la simpatía de la gente.

17

Comprendía que tenía que irme de la ciudad cuanto antes o no tardaría en encontrarme en cualquier calle con alguien de mi familia, pero me resistía a hacerlo, a cortar amarras del todo.

Mi refugio preferido, el único lugar donde podía librarme durante un par de horas del peso de la mochila y descansar al mismo tiempo, era una pequeña biblioteca pública a orillas precisamente del río Genil. La selección de libros era un tanto arbitraria, pero nunca he encontrado una biblioteca que no tuviese algo interesante. También podía, compitiendo con los jubilados que acudían a poblar su tiempo con minuciosas lecturas, hojear la prensa del día. Vi un reportaje sobre la ocupación de la vieja fábrica y comprendí que aquello era lo que estaba necesitando.

Después de mucho dudar, de merodear durante horas en torno a la fábrica como un gato de guardia ante una despensa, me decidí por fin a presentarme ante ellos. El recibimiento no pudo ser mejor. Si empezaron por preguntarme el nombre fue como simple muestra de amistad. Recuerdo con exactitud mi respuesta, de la que después, durante muchos días, me sentiría avergonzado y orgulloso a partes iguales, aquellas palabras que trazaban una raya nítida y precisa dividiendo lo que había sido mi vida hasta ese instante de lo que esperaba hacer de ella en el futuro:

—Mi nombre no importa. Lo único que importa es que soy un hombre libre.